



Respuesta a Rafael Ferrer Coch

Joan Coderch de Sans

Sociedad Española de Psicoanálisis (Barcelona, España)

La amable carta de mi querido amigo Rafael Ferrer sobre mi trabajo “Psicoanálisis Relacional de Frecuencia Semanal”, que mucho le agradezco, me ofrece la posibilidad de matizar y ampliar algunos puntos que podían haber quedado ambiguos o inducir a confusión al lector. Trataré de hacer más explícitas algunas de las ideas que pienso han de ser bien entendidas para una adecuada comprensión de mi pensamiento.

En su texto, Ferrer pone de relieve, implícitamente, la existencia de distintos *paradigmas* en el actual pensamiento psicoanalítico, dado que me parece que queda evidente que él piensa el psicoanálisis desde un paradigma distinto del mío. A partir de la obra de Thomas Khun (1962), sabemos que toda ciencia se mueve dentro de los parámetros de un paradigma, término éste por el que se entiende el conjunto de hipótesis, conceptos, creencias, valores y métodos de observación por el cual se guían los miembros de una comunidad de científicos, y sabemos, también, que cuando la experiencia muestra que el paradigma falla, se crean, en un primer momento, hipótesis *ad hoc* para explicar dicho fallo. Pero cuando estos fallos son excesivos se construye un nuevo paradigma que explique más y mejor que el antiguo.

En el psicoanálisis actual existen dos grandes y fundamentales paradigmas. Uno es el que siguen las escuelas psicoanalíticas que se mantienen dentro de la teoría pulsional de Freud, según la cual la mente se desarrolla a partir de pulsiones instintivas innatas que buscan su descarga y promueven fantasías endógenas, es decir, sin relación con la realidad externa. Es la teoría llamada del conflicto intrapsíquico, centrado en la pulsión /defensa alrededor del Complejo de Edipo. Este paradigma es el propio de lo que se denomina el psicoanálisis clásico o tradicional, o, también, “la corriente principal del psicoanálisis”.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Coderch, J. (2013). Respuesta a Rafael Ferrer Coch. *Clínica e Investigación Relacional*, 7 (1): 94-97. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.org.es]

El otro paradigma es aquel que parte del ser humano como totalmente social desde su constitución biológica y del concepto de la mente como formada por la constante interacción del bebé -que la moderna investigación neurobiológica muestra que nace ya socializado- con la mente de la madre. Éste es el paradigma propio del psicoanálisis relacional. Como en cualquier otra ciencia, especialmente cuando no se trata de ciencias empíricas, pueden existir paradigmas minoritarios que todavía no han sido formalizados de manera suficiente para que puedan ser descritos y cotejados con otros. Generalmente, estos paradigmas minoritarios o bien llegan a agrupar alrededor de sí suficientes miembros de la comunidad científica de la que se trata, y entonces dejan de ser minoritarios, o bien se extinguen. Creo que Ferrer, en estos momentos, se adscribe a un paradigma minoritario, distinto de los dos fundamentales que he descrito, y mucho más cercano al relacional que al clásico.

Sucedo que el diálogo es muy difícil, y a veces hasta engañoso, cuando los interlocutores hablan desde distintos paradigmas, como ocurre en este caso, por lo cual es conveniente que los lectores queden advertidos de esta circunstancia. Los dos paradigmas fundamentales a los que me he referido son totalmente inconciliables, según lo que acabo de exponer, de manera que un mínimo de rigor científico exige elegir entre uno y otro paradigma. El eclecticismo, en este caso, sólo induce a entorpecer más el diálogo. O bien la mente se forma a partir de fantasías endógenas predeterminadas sin relación alguna con la realidad externa, o bien, como nos enseña la moderna neurobiología, la mente está totalmente integrada en un organismo vivo que, como tal, es un sistema complejo, dinámico y abierto en constante interacción con el medio que le rodea -según enseñan la biología, la neurociencia y las ciencias de la complejidad- en el cual no tiene lugar ninguna actividad o modificación, sea física o psíquica, que no sea el resultado de esta interacción con el medio, con la cual se niega, rotundamente, la posibilidad de las supuestas fantasías endógenas que constituyen el núcleo de interés del paradigma antiguo. No caben términos medios.

Aunque la realidad de cada paciente es plural, como dice Ferrer, las bases biológicas y la neurofisiología cerebral son las mismas para todos los seres humanos, incluso teniendo en cuenta las distintas constituciones genéticas. Por tanto, no veo la posibilidad de la teoría también plural a la que se refiere Ferrer, aunque sí estoy completamente de acuerdo con él respecto a lo que dice acerca de la necesidad de tratar a cada paciente según sus características peculiares, no con técnicas más o menos iguales para todos. Pero las bases neurobiológicas para la comprensión de la mente sí que son iguales para todos los seres humanos.

Parece que no he dado a entender mis intenciones con suficiente precisión, desde el momento que Ferrer se extraña de que yo pretenda promover una nueva formalización del tratamiento psicoanalítico y, a la vez, defienda que cada paciente debe ser tratado de acuerdo a su demanda y motivación. Seguramente no me he explicado suficientemente bien. No deseo promover ninguna nueva formalización del tratamiento psicoanalítico ni nada parecido. Dos objetivos me he propuesto con este trabajo. Uno, el de denunciar un

estado de cosas que me parece hipócrita, el hecho de no hablar francamente de que, debido por una parte a la crisis económica, por otra al cambio de mentalidad propia de la postmodernidad y, finalmente, a la propia desvalorización social de los largos tratamientos psicoanalíticos, muchos analistas y psicoterapeutas tienen que aceptar la demanda de los pacientes de concertar una sola sesión semanal. A causa de las rígidas normas analíticas del paradigma clásico dominante, adoptadas también en muchos centros de formación psicoterapéutica, sobre la necesidad de un número elevado de sesiones semanales, estos tratamientos de una sesión semanal arrastran una aureola de algo muy poco valioso, a nivel de simple asesoramiento o psicoterapia de apoyo, y, a debido a ello, no son presentados en las sesiones científicas ni publicados en las revistas especializadas, y hasta parece que se esconden por parte de quienes los practican, para no verse desvalorizados. El otro objetivo ha sido el de mostrar que, dentro del paradigma relacional, es completamente posible llevar a cabo un psicoanálisis o psicoterapia (en el momento actual no admito esta diferenciación más que caso por caso, no como una regla general), siempre que el tratamiento se prolongue durante largo tiempo. Y trato de mostrar que este ritmo semanal ofrece, incluso, algunos aspectos muy positivos. Pero ha de entenderse bien que no intento, con ello, afirmar que una sesión es mejor que dos, ni dos mejor que tres, etc, ni tampoco lo contrario. Me refiero, única y exclusivamente, a la posibilidad de llevar a cabo un tratamiento eficiente con una única sesión semanal, nada más. No entro en las otras consideraciones.

También deseo puntualizar que el esquema que yo propongo no es el de *relación – diálogo- mentalización* como piensa Ferrer, sino *interacción – diálogo-mentalización- intersubjetividad*. Aclaro esto porque relación, lo que se dice relación, la hay inevitablemente en todo tipo de análisis, pero lo que siempre se ha enseñado tradicionalmente es que el psicoanálisis es un método basado en “sólo hablar”, y ahora sabemos que las palabras son actos y que existe el sistema de neuronas en espejo, de manera que lo que hacen paciente y analista es interactuar ininterrumpidamente entre sí cuando hablan, y por esto prefiero emplear el término “interacción en lugar de “relación”, más ambiguo y poco definitorio.

Por lo que se refiere a lo de que las asociaciones libres son un pilar básico del método psicoanalítico, como opina Ferrer, nos encontramos aquí con la confusión de paradigmas de que antes he hablado. Son un pilar básico, efectivamente, para el paradigma de la teoría pulsional de la formación de la mente y conflicto intrapsíquico, pero no lo son, absolutamente, para el paradigma de la mente formada por la interacción del niño con la madre. Y respecto al papel de si las asociaciones libres son, o no, un elemento importante en el proceso de mentalización, debemos distinguir entre dos distintas formas de emplear el concepto. En un sentido amplio, todas las escuelas psicoanalíticas tratan de conseguir que el paciente mentalice, pero otra cosa es el tratamiento basado fundamentalmente en la mentalización (TBM), en el que el terapeuta dirige específicamente la atención del paciente a “pensar sus pensamientos y mentalizar sus sentimientos”. En este caso, el método de las asociaciones libres es más bien contradictorio con el objetivo.

Finalmente, unas palabras con relación los momentos en los que, según subraya Ferrer, digo que “me aparto de las reglas analíticas”. Le doy la razón a Ferrer en el sentido de que esta expresión resulta contradictoria con el espíritu de mi trabajo. Debería haber dicho que siento que me aparto de las reglas analíticas que me fueron inculcadas como incontrovertibles en mis largos años de formación analítica estrictamente kleiniana y de posterior convivencia con un medio fácticamente kleiniano y cuyo recuerdo, como un lejano, espectral y amenazador fantasma, se presenta todavía algunas veces en mi mente cuando actúo libremente según aquello que, consciente y reflexivamente, siento que es lo mejor para mi paciente.

Agradezco de veras a Rafael Ferrer la atención que ha prestado a mi trabajo, la opinión favorable que manifiesta con relación a varias de mis propuestas, y la oportunidad que me ha dado para aclarar algunos aspectos de mi pensamiento que pueden haber sido expresados de manera algo oscura.

Joan Coderch

Original recibido con fecha: 13-1-2013 Revisado: 13-1-2011 Aceptado para publicación: 22-2-2013